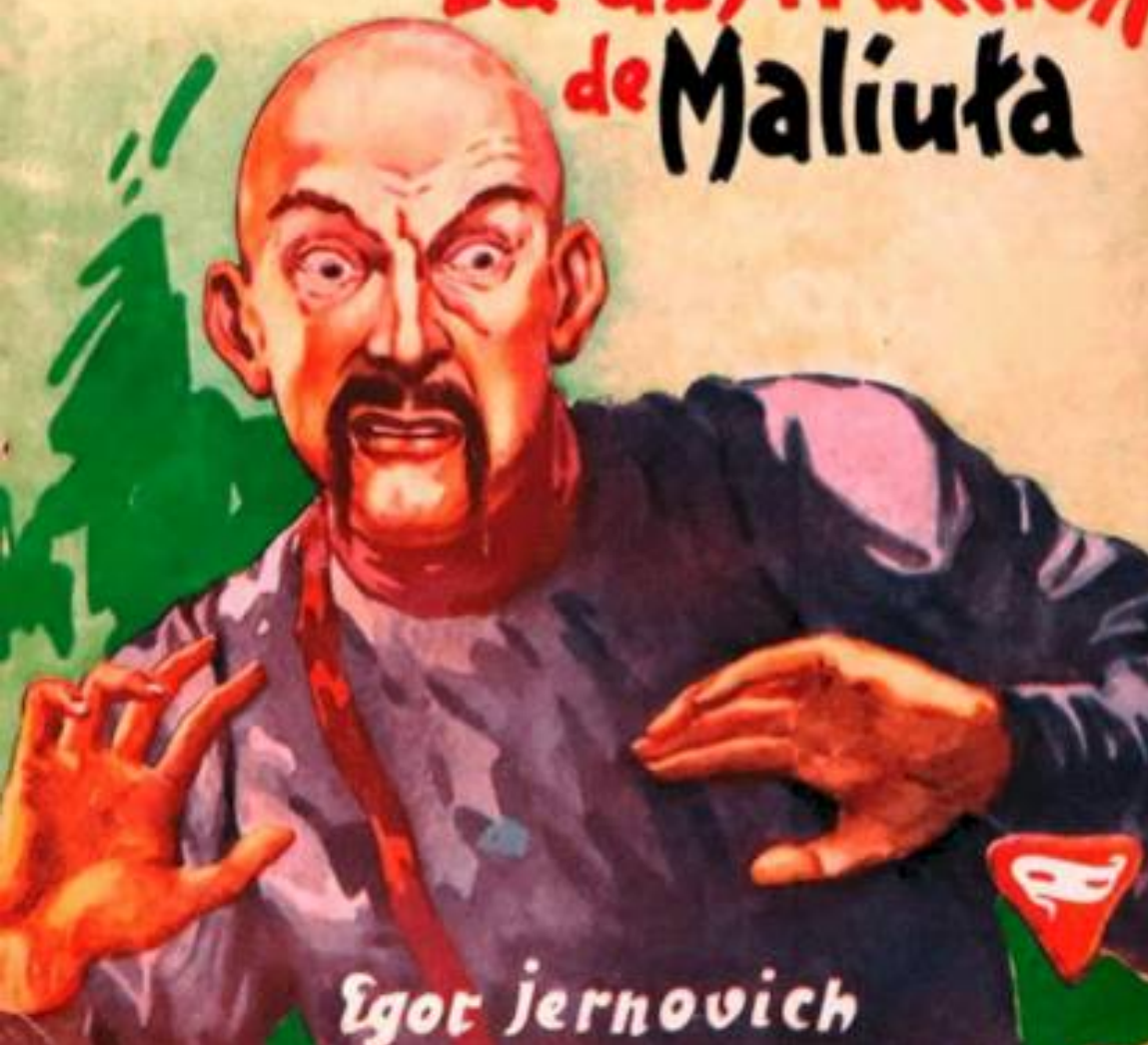


Kóssac

La destrucción
de Maliuta



Егор Јернович

Maliuta Morozov, el más cruel y el más salvaje de los señores de la estepa, está obsesionado con raptar a Machutka Valewska, y esto unido a la incurable enfermedad que padece, le impulsa a tomar muchas decisiones erróneas. Al final los campesinos se rebelan, y conducidos por Kóssac destruirán su poder y se hará justicia.

Principales personajes

Casa Fedorovich

María Slaviana: Supo educar a sus hijos. Era una gran dama.

Gregor: Era un ex-oficial de la Guardia del Zarevich.

Helena: De fina belleza y exquisita elegancia.

Danilo: Despreocupado. Sin proponérselo descubrió un gran secreto.

Casa Valewska

La condesa Stefanía: Se enfrentó valerosamente contra el tirano. La lucha de la anciana toma caracteres tétricos.

Machutka: Su nieta. Valerosa y decidida, habría hallado una muerte horrible de no haber aparecido Kóssac.

Teófilo: Huyó de noche, acompañado de su abuela pero aún no comprendía lo que estaba sucediendo.

Casa Morozov

Maliuta Morozov: Estuvo enfermo. ¿Su fin tuvo una relación directa con esa enfermedad?

Efemovich: Escapó de la muerte de una manera milagrosa pero la destrucción de Maliuta no le alcanzó.

Otros personajes

Pavel Lukianovich: Descubrió un terrible secreto del tirano Maliuta: el secreto de su próximo fin.

Kuzmá: Atravesó la estepa al frente de sus hombres atraído por los rublos de Morozov.

Ajax: El hombre más hábil manejando el látigo, encontró el único rival que podía derrotarle.

NOTA: Algunos de los personajes de esta novela han tenido existencia real. El autor ha adaptado su vida y sus hazañas para que no fuese posible su identificación.

CAPÍTULO PRIMERO

FRÍO Y MISERIA

Lamatkin está situado aún más al sur que Piterka. A pesar de su emplazamiento, en invierno, una gruesa capa de nieve cubre la llanura. A veces, cuando el Usen se hie-la, la vista no percibe sino una ilimitada sábana blanca que cegaría la vista si el cielo no fuera de color plomizo, oscuro y poco acogedor.

El invierno es siempre triste, pero en la estepa lo es mucho más. Desgraciado de aquel que no puede recoger provisiones para hacer frente a la mala estación. Los lobos bajan hasta las aldeas y se atreven a husmear las puertas de las chozas, incluso sin esperar a que sea de noche.

El que tiene una buena reserva de trigo y leña no pasa mal el tiempo. El interior de las «isbas», si arde en ellas un buen fuego, es acogedor. Los robustos troncos que forman el techo y gran parte de las paredes son buenos aislantes. Con un buen plato de «schi»^[1], un vaso de té caliente, o mejor, de Wodka y una pipa, el buen campesino se da por satisfecho.

Pero si la cosecha ha sido mala, si ha muerto el mejor ganado, ha escaseado la leña y las patatas se han echado a perder, el hambre y la miseria rondan por encima de los techados de la aldea.

Mal lugar la estepa, cuando ronda el hambre.

Para Lamatkin, la temporada no podía presentarse peor. La última cosecha de trigo había sido muy pobre; una enfermedad maligna había diezariado las ovejas y las primeras nieves se habían anticipado cogiendo desprevenidos a la mayor parte de los campesinos.

Y eso no era aún lo peor.

El amo necesitaba dinero y no había dudado en imponer una contribución extraordinaria a sus pecheros.

—Es un robo, un verdadero robo —musitaba un hombre sucio y desgredado que vestía una chaqueta demasiado grande y demasiado vieja—. Ya se que hemos de pagar, pero repito que es un robo.

—No grites tanto, Tijón, es peligroso protestar.

—Me sobra razón. ¿No hemos pagado, con creces, la cosecha de trigo? ¿Qué culpa tenemos de que este año haya sido pobre? Si el patrón no recogió todo lo que esperaba, que venga él y se ponga a trabajar la tierra; acaso lo haría mejor.

—¿Quieres callarte? Si has de continuar de esa manera, no vengo contigo.

—Haz lo que te parezca —y Tijón se encerró en un hosco mutismo.

Continuaron el camino sin volver a cruzar la palabra. La nieve, que empezaba a helarse, crujía bajo sus pesadas botas. Las del hombre que acompañaba a Tijón estaban rotas y los pequeños grumos de nieve, al derretirse, penetraban por los cortes del cuero y empapaban el grueso calcetín de lana. Pero el campesino no se daba cuenta de que su pie se iba enfriando. Tenía otras preocupaciones. En su «isba» había dejado a su mujer y a tres pequeños. Para poder entregar la cantidad que le correspondía, había tenido que echar mano de su mejor manta de lana. Si lograba venderla por el precio que calculaba, podría satisfacer su parte. Si no... procuraba no pensar. Sería terrible que le embargaran sus cuatro muebles, la reserva de trigo con que esperaba pasar la mala temporada.

El caso de Tijón no era tan triste. Él no estaba casado. Mantenía a su madre viuda y a una hermanita imbécil. En el peor de los casos, podía abandonar la aldea y sentar plaza en el ejército. Tenía el corazón bastante duro para hacer esto y mucho más.

Alrededor de una «isba» situada en las afueras del pueblo, iban llegando campesinos de todas clases. Casi todos venían a pie. Uno de ellos apareció montado sobre un caballo seco, todo hueso, que resbalaba sobre la nieve y se tambaleaba al andar. A pesar de lo cómico de su facha, ninguno de los presentes tuvo humor para reír. Un viejo apretaba un bulto sobre su pecho, dirigiendo miradas a todos lados como si temiera que le robasen. Los semblantes eran huraños y se hablaba poco. Veíanse algunas mujeres muy arropadas pero sus telas eran raídas y sucias. Algunos rostros retrataban la ansiedad y el miedo.

—¿Has reunido cuanto te piden? —preguntaba un vejete ansioso de oír una contestación negativa.

Muchos no respondían a su pregunta y si alguno afirmaba que sí, le preguntaba con humildad: ¿Crees que me perdonará una pequeña parte, hijo mío?

De pronto, mucho después de la hora fijada, se abrió la puerta de la «isba» y aparecieron cuatro o cinco hombres armados. Parecían soldados o cosacos, pero no eran ni una cosa ni otra. Detrás de ellos aparecieron dos escribanos delgados; el más joven llevaba gafas muy gruesas y, el último, un hombre grueso de piel untuosa y reluciente: era el «starosta»^[2].

—Silencio, silencio digo. Campesinos, el año ha sido malo. No es necesario que os lo diga yo: lo sabéis de sobra. El señor hubiese querido no tener que recurrir a este extremo, pero no ha tenido otro remedio. Las contribuciones que paga son crecidas, sus cargas muy grandes y es necesario que vosotros ayudéis. Ha resuelto que paguéis un tercio más de vuestra cosecha en concepto extraordinario. ¿Estabais enterados?

Algunas cabezas moviéronse en sentido afirmativo. La mayor parte de los presentes no pronunció una sola palabra. Ciertos rumores confusos quedaron prontamente apagados.

—Además de este tercio, pagaréis un rublo y treinta «kopeks» por los gastos generales de esta reunión.

El rumor de protesta fue general.

—Esto no lo habíais dicho.

—¿Aún queréis que paguemos más? ¡Ladrones!

—¡Vendednos como esclavos de una vez! —gritó alguien situado en las últimas filas.

—¡Maldito seas tú y el amo que te paga!

Después de esta maldición se hizo el silencio. El «Starosta» quiso saber quién había lanzado el último grito.

—¡He de saberlo o, de lo contrario, os mandaré apalear a todos, perros sarnosos!

No pudo averiguarlo y, encendido de cólera, anunció:

—¿No queréis decir quién se ha atrevido a gritar contra nuestro señor? Pagaréis tres rublos en lugar de lo dicho. Stefan, puedes empezar a leer tu lista.

El escribano de las gafas se adelantó y empezó a leer:

—Mihail Petrovich, le corresponden quince rublos y ochenta kopeks.

—Señor, tengo quince rublos justos. Yo creía que sólo me correspondería pagar doce y ochenta kopeks. Necesito comprar unas botas para Vana, mi pequeño. ¿Ha de pasar el invierno sin botas?

—Trae tus quince rublos y cierra ya la boca. Stefan, apunta que Petrovich adeuda ochenta kopeks; otro.

—Frida Valeda, ocho rublos y quince kopeks.

—¡Por el amor de Dios! Tengo un trozo de tierra que no bastará a cubrir mi familia el día que nos muramos. Pagué quince rublos por la cosecha cuando aún no valía veinte...

—No quiero oír más quejas: pagad y marcharos. De lo contrario, antes de una semana recibiréis la visita de al-

guien que no os va a gustar.

El embargo, la palabra más temida de los campesinos, estaba presente en todas las mentes.

A medida que oían sus nombres, se acercaban hombres miserables, mujeres andrajosas y viejos esqueléticos que iban depositando su óbolo. ¡A costa de cuántos sacrificios se había recogido aquella cantidad! Y, lo que es peor, cuánta miseria les aguardaba hasta la próxima cosecha.

Muchos no podían pagar la cantidad que les fijaban. Si la diferencia entre lo que debían dar era poca, se les tomaba en cuenta y, pagando un crecido interés, lo añadirían a la cuenta de la cosecha siguiente. Sí era importante (un rublo o más) no se admitía excusa alguna: el embargo.

Al cabo de dos horas la reunión aún continuaba. Los que ya habían sido llamados habían desaparecido.

Un poco alejado del grupo, un hombre joven y bien vestido contemplaba la escena. A su lado iban desfilando los que acababan de entregar la contribución.

Pavel Lukianovich, que así se llamaba el hombre, era médico de Piterka. Había tenido que trasladarse a Lama-tkin para asistir unos enfermos, pues el médico de dicho pueblo había caído enfermo también.

Aquellas escenas de tristeza sublevaban su corazón generoso. La última persona llamada fue una vieja pequeña y arrugada. Le faltaba un rublo y cinco kopeks para saldar su cuenta.

—No podéis embargarme —decía lloriqueando—, no podéis. Os he entregado cuanto podía. Me queda justo, justito para pasar el invierno. Tened compasión.

Los encargados del cobro estaban fatigados y querían terminar pronto. El «Starosta» hizo una seña a uno de los hombres armados para que alejara a la mujer. Éste empuñó un látigo que llevaba arrollado por la cintura y la conminó:

–Lárgate, vieja, lárgate si no quieres probar mi serpiente.

El médico se había acercado y se interpuso entre el hombre y la vieja. Su mirada era penetrante y dura.

–Guárdate el látigo.

–¿Quién es usted? ¿Tiene gana de pelea?

–He dicho que guardes el látigo y no lo repetiré otra vez.

El «Starosta» se había acercado. La presencia de Lukianovich, bien vestido y decidido, le demostraba que no trataba ya con campesinos.

–¿Qué desea, señor? Nosotros cumplimos con nuestro deber. Esta mujer no ha pagado...

–¿Cuánto debe, quinientos rublos?

–Un rublo y cinco kopeks.

–¿Y por esta miseria que vosotros os gastaríais esta misma noche en una botella de wodka, ibais a lanzar el embargo sobre esa campesina? Toma, aquí tienes este dinero.

Había sacado del bolsillo una carterita y alargó la suma al «Starosta». La vieja, que presenciaba la escena, se des hizo en alabanzas.

–Y no te olvides de decirle a tu amo que es el más asqueroso de los señores de la estepa.

Sin dignarse esperar contestación a sus palabras, volvió la espalda y, lentamente, se dirigió hacia el interior del pueblo. La vieja le seguía, alabando a todos sus ascendientes.

–Basta de palabras de gratitud, buena mujer, que pases un buen invierno. Pero, dime, ¿quién es vuestro señor?

Y la anciana, con temor y emoción, pronunció el nombre del amo.

CAPÍTULO II

UN HOMBRE DE HIELO

El invierno es triste en todas partes, pero en las cabañas de los pobres, a la tristeza de la estación se le añade la preocupación que produce el hambre y las enfermedades. En las estepas, de todos modos, la vida no es siempre triste. En las mansiones de los poderosos, el invierno tiene también sus encantos.

A varias «verstas» de Piterka se levanta la casa de los Fedorovich. Es la más antigua de la llanura, pues los Fedorovich se establecieron, según cuentan las crónicas familiares, en tiempos de Iván el terrible. La casa, modernizada a mediados de siglo, se levanta sobre un terreno llano, rodeado de tilos y de jardines.

Desde el ático de la misma se divisan dos grandes edificaciones más. Al norte, las posesiones de la condesa Stefanía Valewska, al este el palacio Morozov rodeado de eucaliptos. La absoluta horizontalidad de la estepa permite divisarlas en días claros a pesar de hallarse a considerable distancia. Más al este queda la ciudad de Piterka.

La casa de los Fedorovich ha sido regida, durante los últimos ocho años, por la energía suave de María Slaviana. Ella, desde la muerte de su marido, ha tenido que cuidar de sus hijos, Helena y Danilo, hasta que el mayor, oficial de la guardia del Zarevich, Gregor, ha venido a ponerse al frente de las tierras que por herencia le corresponden. Pe-

ro Gregor Fedorovich no siente la estepa. Añora las piedras de Moscou y las salas de banderas de los cuarteles. Por eso su vida aquí, en la llanura, es retraída y pasa la mayor parte del tiempo en sus habitaciones del piso superior leyendo o escribiendo.

–Nunca hubiese creído que nuestro señorito Gregor tuviese tanta sangre fría –no puede menos que comentar Pacha, su vieja nodriza–. ¿No contestas nada, Stanislas, no le defiendes como hacías siempre cuando era niño?

El anciano criado no contesta. Se limita a mirar severamente a la vieja.

–Claro, no lo defiendes porque me sobra razón. Ya no es nuestro Grichtka^[3] de aquellos tiempos. Entonces, se pasaba el día montado a caballo, y tú, que eras un hombretón, te gustaba llevártelo por los bosques a tirar el arco o a cazar con la carabina al hombro. Ya lo ves, ahora parece un...

–¿Quieres callar, vieja charlatana? ¿Desde cuándo, en esta casa, los criados se atreven a criticar a sus señores? ¿Eso te enseñaron? Bien se ve que los malos vientos soplan para los desagradecidos. No olvides que naciste sierva.

La nodriza le vuelve la espalda sin contestar.

Stanislas, que se irrita siempre que critican a su señor, se encamina lentamente hacia la escalera que conduce al piso superior. Stanislas había sido un cosaco rudo y fuerte. Su amo, el mayor Luckas Fedorovich, muerto después de la batalla de Plewna, le había conservado como ayo de su hijo mayor, Gregor. Ahora, aunque viejo, no había perdido el vigor ni la energía. Amaba a Gregor como si fuese su propio hijo. Por eso le molestaba que lo criticasen, aunque las quejas que acababa de oír le llegaban a lo profundo del corazón.

Se oyeron las campanillas de una «troika».

–Ha llegado el doctor, ha llegado el doctor –gritó una voz en la planta.

El doctor Pavel Lukianovich sacudió la nieve que le cubría los hombros del grueso gabán de pieles y lo entregó a una criada. Una joven extraordinariamente bella y delicada acudía a recibirle.

–Señorita Helena, está muy fría la nieve –saludó bromeando.

–Debe estar helado. Ha venido usted en una «troika» descubierta. Es una imprudencia.

–Los médicos no pueden estar enfermos. ¿Qué tal sigue su señora madre? Vamos a verla.

–¿No quiere calentarse un poco, primero?

–Después –contestó, y se apresuró a seguir a la joven.

María Slaviana, la madre de los hermanos Fedorovich, guardaba cama. Las primeras nieves la habían sorprendido un poco débil y había cogido un constipado. Al ver entrar el doctor, sonrió débilmente. Lukianovich era un hombre que inspiraba confianza. Su presencia bastaba para animar al enfermo más pesimista. Además, era un incansable charlatán. No tiene nada de extraño que la visita se prolongase demasiado y que Gregor le invitara a comer. Tampoco causa extrañeza que él no se hiciera rogar mucho antes de aceptar.

–¿Es importante el resfriado de mi madre? –preguntó el oficial.

–De ningún modo. Dentro de una semana estará perfectamente. Ojalá todos mis enfermos fuesen como ella. ¿Usted conoce las condiciones en que viven los «mujiks»?

–Me las imagino. Siempre ha sido así y siempre será.

–No estoy conforme con ese pesimismo. Escuche lo que yo he visto.

Mientras Helena servía el café humeante y espeso, Pavel fue describiendo las tristes escenas que presenció en Lamatkin, Gregor no pareció emocionarse demasiado.

–Y si le hablara de enfermedades el cuadro es más terrible aún. ¿Cómo puedo combatir el tifus si se presenta en una «isba» donde duermen veinte personas en la única

estancia de la casa? Mi tarea es imposible. Además, tengo una verdadera plaga de escorbuto.

—¿Cuál es la causa de esta enfermedad?

—No se sabe exactamente^[4], pero lo que sí sé de cierto es que si dispusiera en abundancia de limones, naranjas o fruta fresca, no se les caerían los dientes a los campesinos de la estepa. Tenga en cuenta que esas gentes comen peor que bestias durante gran parte del invierno.

—Doctor, no es posible vivir en Rusia y tener el corazón sensible. Le decía que así ha sido y así será. Rusia es eterna e inmensa. Además, es pobre. No pueden comer todos. Faltan medios de transporte...

—No quiero discutir esos puntos. Pero ¿cómo se explica que existan tantas diferencias entre los mismos campesinos? Conozco la situación de los «mujiks» de sus propiedades. Sé que no les faltará leña ni pan. Pero no todos tienen por señor a Fedorovich. Lo que le he narrado de Lamatkin es imposible de soñar en Fedorovich. ¿Y sabe quién es el señor de Lamatkin?

Y como Gregor no contestara, añadió:

—Su nombre es Maliuta Morozov, el más cruel y el más salvaje de los señores de la estepa.

—¡Oh! —exclamó Gregor agitando la mano como si Pavel hubiese pronunciado una blasfemia—. Admito que Morozov tenga mala fama.

—Es un criminal vulgar. En Alemania habría sido fusilado.

—No quiero negar ninguno de sus violentos epítetos. Pero yo sé algo más que usted, doctor, y estoy calmado y sereno. ¿Sabe lo que sucede en Usenzk? ¿Quiere una copita de coñac?

Pavel rehusó y se arrellanó de mala gana en su sillón. Le molestaba la calma de Fedorovich, pero se negaba a admitir que su indiferencia tenía por causa que él también era señor de la estepa. Le constaba que daba a sus vasallos un trato humano.

–Maliuta Morozov es un hombre ambicioso. Desea dinero y poder. La ambición es una buena virtud, pero, exagerada, conduce al abismo, y opino que Morozov exagera. En Usenzk ha combinado la recaudación de una contribución extraordinaria con la recluta de hombres.

–¿Qué es esto?

–Sencillamente, ya sabe que Morozov mantiene una especie de guardia personal. Tiene aspiraciones de gran jefe.

–Su guardia personal, los «patas de lobo», son una jauría de bandidos. ¿Se atreve a negarlo? –añadió al ver un elegante gesto de mano de Gregor.

–Ni lo niego ni lo afirmo; sencillamente, no me interesa. Lo que sé es que recluta hombres porque le falta tropa. Sus procedimientos son muy especiales: el que no puede pagar la cantidad que le fijan, ha de entregar el hijo más fuerte. Es una especie de servicio militar.

–Ilegal.

–Y por tiempo ilimitado. Los hombres al servicio de Maliuta no padecen demasiado. Según se dice, están bien alimentados y no les falta nada. Lo único que se puede discutir es el modo de encuadrarlos.

–¿Cuántas «sotnias»^[5] tiene a sus órdenes? ¿Para qué las quiere si no es para lanzarlas a ejercer el bandidaje?

–Me han contado de un viejo a quien le faltaban solamente cinco rublos para pagar. Le han dado tres días de plazo. Si mañana no ha entregado estos cinco rublos, su único hijo, un muchacho que cuida por sí solo de las tierras, pasará a ser un hombre más de Maliuta.

–¿Pero no le indigna...?

–¿Quiere un poco más de coñac? La estepa es así. El amo ha ejercido siempre un poder absoluto sobre sus siervos. La casi reciente liberación de los siervos no ha solucionado el problema. En última instancia, se trata de un problema matemático: producción y consumo.